

I

Nací en el seno de una familia de clase media-alta en Madrid, corría el año mil novecientos cincuenta y cuatro, pero nada más nacer volvimos a casa, porque donde realmente vivíamos era en El Pardo, nada menos que muy cerca del Palacio que por aquella época era ocupado por el Jefe de Estado, don Francisco Franco. Allí llegué recién nacida, era la pequeña de tres hermanos en ese momento: Juan José el mayor, nosotros le llamaríamos después Juanjo, Araceli la segunda y yo, Mercedes, por voluntad de las monjas del hospital, porque ese día era el de la Virgen. Por tanto, al ser la recién llegada era la más mimada, pero no por ello una niña consentida, pues fuimos educados todos bajo la atenta mirada de mis padres, mi abuela y mi tío. Mis dos hermanos, mis padres, mi abuela y mi tío, vivían hasta ese momento en una buhardilla algo pequeña.

El Pardo era y sigue siendo un sitio con pocas viviendas, pues solamente se construyeron pisos para las personas que trabajaban en el Palacio, como era el caso de mi abuela materna y más tarde de mi tío, hermano de mi madre. Mi abuela Luisa era la sexta de quince hermanos, hija de mi bisabuelo Vidal, que en aquella época era el juez de paz de la zona vallisoletana y tenía que viajar de pueblo en pueblo allí donde le requerían. Su madre se llamaba Consuelo, naturalmente que con tantos hijos solo podía ejercer como ama de casa,

pero era una mujer muy culta e inteligente. Para que sus hijas aprendieran bien a leer ella todo lo que leía lo solía hacer en voz alta. Más tarde serían sus hijas las que leerían de esa forma, para que mi bisabuela viera que sabían leer bien. Fue siempre una gran lectora y llegó a vivir hasta los ciento un años. Recuerdo cómo bajaba ya muy mayor al quiosco del barrio de Villaverde, aquí en Madrid, a por novelas para leer, porque ya viuda y con todos los hijos que aún permanecían vivos, que eran muchos, también se trasladó a la capital a probar suerte.

Es increíble cómo se ha llegado a decir siempre con tanta ligereza, que la mujer es el sexo débil. Nunca más lejos de la verdad, porque sacar a quince hijos adelante en la posguerra no cabe duda de que tuvo que ser durísimo, y si le añadimos que era una mujer que parecía que se iba a romper de lo frágil y delgada que era, parecía imposible que hubiera dado a luz a tantos hijos y luego amamantarlos a todos; incluso a un nieto suyo, porque la madre no tenía leche. Mi abuela Luisa y sus hermanos eran primos segundos del escritor don Jacinto Benavente, premio Nobel de Literatura en el año mil novecientos veintidós. De ahí que en esa época les gustara a todos leer mucho. Mis bisabuelos intentaron darles a todos una buena educación y eso serviría a mi abuela años más tarde para trabajar en el Palacio. Se casó y tuvo dos hijos, Consuelo y Paco, realmente hermanos de madre, pues su primer marido era portugués y falleció por problemas de salud. Con él tuvo a mi madre, que sigue teniendo relación con algunos miembros de su familia paterna.

Su segundo marido era andaluz, muerto en la guerra civil y padre de mi tío. Las circunstancias de la guerra y lo pequeños que eran sus hijos, obligaron a mi abuela y a otras dos de sus hermanas, mayores que ella, a presentarse voluntarias como enfermeras o ayudantes de enfermería en el frente de Somosierra para cuidar a los enfermos y heridos de guerra. Desempeñaron una labor ejemplar que les ayudó después para obtener buenas recomendaciones. Eso le serviría para

entrar en el Palacio de El Pardo, donde empezaría a trabajar sirviendo las mesas cuando había algún evento. La verdad es que estaba contenta, después de la guerra civil poder trabajar era un logro.

En esta etapa de mi vida y visto ahora desde la madurez que te dan los años, se confirma que las mujeres han sido un pilar importante en mi familia. Seguramente muchas otras familias así lo sientan. Para nada se corresponde con eso de que antiguamente la mujer no trabajaba o que simplemente era ama de casa; como si eso de ser ama de casa no fuera un trabajo, pues en esa época no había lavadora ni muchos otros electrodomésticos que hoy en día facilitan el trabajo del hogar. Aquí, como más adelante se podrá ver, hay tres mujeres viudas, con hijos, en plena posguerra, que se trasladan a Madrid precisamente para sacar a sus hijos adelante solas y que finalmente lo consiguen, claro ejemplo de mi genética de mujer luchadora, aunque estoy segura de que existen muchísimas mujeres con esa condición.

Como les venía contando, las nuevas viviendas se estaban construyendo, y fue entonces cuando Patrimonio Nacional se comprometió en que en el momento que se terminaran de construir los pisos, adjudicarían uno a mi abuela. Pero la fatalidad quiso (o el destino, cualquiera sabe) que cuando aún no se habían terminado, mi abuela cayese enferma, con la mala suerte de que tuvo que dejar su puesto de trabajo. Aun así se lo adjudicarían por su buen comportamiento. A mi tío también le admitirían para entrar en Palacio con tan solo nueve años en el puesto de mi abuela. En principio su trabajo consistiría en repartir la leche que se obtenía de la vaquería a los altos mandos del ejército del Generalísimo. Años más tarde empezaría a trabajar como jardinero, oficio que con el tiempo, ya fallecido Franco, le permitió seguir ejerciendo en el Palacio de La Zarzuela a las órdenes de sus Majestades los Reyes don Juan Carlos y doña Sofía hasta su jubilación, hace tan solo diez años.

Mi padre, casualmente también de nombre Vidal, era el tercero de seis hermanos: Pablo, fallecido en la guerra civil, Amparo, Juliana,

José y Araceli, nacidos en Ciudad Real. Tengo que decir a que mi tío José, a pesar de llevarse algunos años con mi padre, a veces lo confundían fácilmente con él por su gran parecido. Igual que hizo mi abuela materna, haría también la madre de mi padre; o sea, mi abuela Ramona, que se vino a vivir a Madrid, concretamente a la Plaza de Cascorro. No se me olvidará nunca la calle Carnero número siete, más adelante diré por qué, pues hay cosas que a un niño jamás se le olvidan. Conoció a mi madre en El Pardo haciendo el servicio militar, era siete u ocho años mayor que mi madre. Era también un hombre muy guapo, de piel muy morena y con bigote. Cuando la vio nos decía que se enamoró de ella, porque la verdad es que era y sigue siendo una mujer muy guapa. Tenía el pelo muy largo y se peinaba con unos recogidos que la hacían más bella. Viendo ahora las fotos antiguas entiendo que mi padre tuviera celos de todo el mundo que se la quedaba mirando; aunque él nunca dijera nada, se le notaba. Se casaron muy jóvenes y al año siguiente quedaría embarazada de su primer hijo. Mi padre nos contaba que cuando la llevaron a maternidad para dar a luz a mi hermano mayor, con tan solo dieciséis años que tenía, se escapó de allí porque le entro pánico. Ni corta ni perezosa se remango el camisón, se puso el abrigo, se montó en el metro y al final dio a luz en casa. Por eso el único que nació en El Pardo fue mi hermano Juanjo.

También nos contaba que cuando venía a veces de trabajar se la encontraba con el niño en brazos y jugando con otras niñas a los alfileres. Dos años más tarde nacería mi hermana Araceli y otros dos después yo; por eso con veintiún años nos tenía ya a los tres. Pero antes de llegar mi nacimiento, en el año mil novecientos cincuenta y tres llegó el momento de adjudicar las viviendas. En aquellos años era muy común vivir la familia junta, sobre todo porque mi madre se casó muy joven, mi abuela era viuda y mi tío era un crío. Mi padre siempre ha sido muy familiar, con lo cual estaban felices de poder irse todos juntos.

En mil novecientos cincuenta y cuatro, año en que yo nací, ya viviríamos todos en el piso nuevo y para esa época a mi padre se le presentaría una gran oportunidad. Patrimonio Nacional le ofrecería una concesión para sacar arena del río Manzanares para la construcción, y él como era natural la aprovecharía. A pesar de que trabajaba muchísimas horas al día, nunca se quejaba. Estaba muy contento con la labor que desempeñaba y como cada vez tenía más trabajo, decidió contratar a su hermano José para que trabajara con él, que se alojaba también con nosotros los días de jornada. Ya según fuimos creciendo, mi madre nos daba un canasto de mimbre para que le lleváramos alguna vez que otra la comida caliente.

Recuerdo que en una ocasión casi me ahogo, porque queríamos cruzar el río mi hermana y yo, sin percibir que se hacían hoyos con las palas, y antes de que mi padre se diera cuenta ya nos habíamos metido en el agua. El resultado fue que me sacó mi padre con la ropa empapada, pero gracias a Dios sana y salva.

Mi madre estaba siempre cantando, porque cantaba muy bien la copla. Le encantaban Concha Piquer, Marifé de Triana, Imperio Argentina y muchas más. Nos contaba siempre que había llegado a ganar un premio en la radio, se había presentado a un concurso y lo ganó, pero cuando la invitaron a seguir cantando en otros concursos ya mi padre no quería. En aquellos años no estaba muy bien visto el ser cantante. También se lo impidió porque era un poco celosillo, pero un padre ejemplar. Ahora bien, si hubiera seguido concursando seguro que hubiera sido una gran cantante. Cuando hacía las tareas de la casa, como algunas de las ventanas daban a un patio interior, las vecinas le decían: «Consuelito (porque así la llamaban los más cercanos), cántanos algo». A ella le encantaba y a nosotros mucho más; era como tener la radio encendida.

A pesar de que la economía en casa no era mala, mi madre junto a otras mujeres y los hijos de ellas bajaban a lavar al río, entre otras cosas porque no tenían lavadora. Mientras ellas lavaban y cantaban,